

RECURSOS COALICIÓN

La oración



Ana Ávila, Joe Carter, Michel Galeano, Kevin Halloran,
Liliana Llambés, Jeanine Martínez, Miguel Martínez,
Leo Meyer, Sugel Michelén, Gerson Morey

Emanuel Elizondo

— *editor general* —

¡ESPERAMOS QUE DISFRUTES ESTE LIBRO!

Nos emociona contarte que el equipo de Coalición por el Evangelio y de Poiema Publicaciones hemos lanzado una edición totalmente gratis de este pequeño libro para que puedas crecer en tu relación con Dios. En esta oportunidad, compartimos algunos estudios y consejos bíblicos sobre la oración. ¡Te animamos a que lo leas y lo puedas compartir con otros! A diferencia de otros libros, no tienes que preocuparte por infringir los derechos de distribución si vas a compartirlo con otros, pero está prohibido que saques copias para venderlas.

Con cariño:



Si después de leer este pequeño libro, quieres saber más sobre nosotros, te invitamos a que visites nuestras páginas web

www.coalicionporelevangelio.org

www.poiema.co

La oración



RECURSOS COALICIÓN

Mientras lees, comparte con otros en redes usando
#LaOración #RecursosCoalición

La oración

Emanuel Elizondo, editor general

© 2020 Poiema Publicaciones

A menos que se indique lo contrario, Las citas bíblicas han sido tomadas de *La Nueva Biblia de las Américas* Copyright © 2005 por The Lockman Foundation.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y puede ser castigado por la ley.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Categoría: Religión, Experiencia Práctica. Vida Cristiana.

ISBN para la versión impresa: 978-1-950417-52-0

ISBN para la versión electrónica: 978-1-950417-53-7

Impreso en Colombia

SDG

201

Contenido

- Prefacio, por Emanuel Elizondo 7
- Día 1 - *La disciplina y el deleite de la oración* 9
por Michel Galeano
- Día 2 - *8 preguntas sobre la oración que
probablemente te da vergüenza hacer* 15
por Joe Carter
- Día 3 - *5 pasos para orar eficazmente* 21
por Miguel Martínez
- Día 4 - *Pidiendo cosas grandes cuando
nos sentimos muy pequeños* 29
por Sugel Michelén

- Día 5 – *Cómo tener una vida de oración
más gozosa.* 37
por Kevin Halloran
- Día 6 – *10 razones por las que debes orar más* 45
por Liliana Llambés
- Día 7 – *Cómo orar cuando no tengo ganas.* 51
por Ana Ávila
- Día 8 – *Por qué amo ir a las reuniones
de oración en mi iglesia.* 59
por Leo Meyer
- Día 9 – *3 razones por las que Jesús oraba* 67
por Gerson Morey
- Día 10 – *¿Cómo oro por mis enemigos?* 73
por Jeanine Martínez
- Día 11 – *Orando bíblicamente por
nuestras necesidades* 79
por Gerson Morey
- Día 12 – *10 oraciones para antes
de ir a congregarte* 85
por Kevin Halloran

Prefacio

por Emanuel Elizondo

Todo cristiano sabe que orar es de suma importancia en la vida de fe. La oración es la manera perfecta que Dios ha establecido para que tengamos comunicación directa con Él. No hay mejor tecnología que se pueda inventar. Nunca se vuelve obsoleta. Está disponible en todas partes. No es necesario descargar aplicación alguna. Ni siquiera se necesita cerrar los ojos. Dios siempre está allí, listo para escuchar.

Jamás he hablado con un cristiano que piense que la oración sí es importante, pero no *tan* importante. Sin embargo, cuando le pregunto a un creyente sobre su vida de oración, la respuesta normalmente va acompañada de bajar un poco la mirada y decir entre dientes: *No oro tanto como debería.*

Si te preguntara en este momento sobre tu vida de oración, probablemente responderías algo similar. Pero el que estés leyendo estas palabras, y que te hayas interesado en este pequeño libro, es evidencia de que tienes un deseo por aprender más sobre la oración y por profundizar en tu práctica de ella.

Este librito tiene un propósito muy sencillo: enseñarte durante doce días varias cosas que la Biblia enseña sobre la oración. Buscamos ser prácticos sin sacrificar la profundidad. Estoy seguro que las páginas a continuación te desafiarán en áreas que no habías imaginado, relacionadas con la oración.

Pero vale la pena decirlo: la única manera de aprender a orar es orando. Así que no solamente leas estas páginas, ponlo en práctica. Lo mejor que podrás hacer después de cada capítulo es hacer una pausa y platicar con Dios.

Día 1

La disciplina y el deleite de la oración

por Michel Galeano



Una de las cosas que más disfruto es el comienzo del año. Siempre tengo nuevas metas y deseos que espero Dios me dé gracia para cumplir en sus fuerzas. Al acercarse el mes de enero, me hago la siguiente pregunta: ¿qué es lo que más anhelo espiritualmente este nuevo año?

Personal y pastoralmente, deseo crecer en la disciplina y el deleite de la oración.

Uso estas palabras a propósito. He aprendido que la oración es algo en lo que tengo que trabajar. Es decir, tengo que esforzarme para que sea una disciplina continua. Pero quizá lo que ha estado fallando en mi caso —y posiblemente en el tuyo— es que vemos la oración solamente como una disciplina.

Sin embargo, de esta disciplina brota un fruto precioso: el deleite en Dios y la oración como el medio que nos lleva a deleitarnos en la presencia de Dios. Quizá la persona que más me ha ayudado a ver la oración como un deleite es el pastor John Piper. En su libro *Sed de Dios* dice: “En el acto de la oración se reúnen de manera especial dos metas: la búsqueda de la gloria de Dios y la búsqueda de nuestro gozo” (p. 188). Más adelante escribe: “La oración es la forma que Dios ha señalado para que nuestro gozo sea cumplido, porque es el aire que produce el calor interior de nuestro corazón hacia Cristo” (p. 183).

Es por esto que pienso que la oración es el deleite de escuchar, hablar, y meditar en Dios. Es negarme a depender de mí mismo. Es el arma para matar mi orgullo y pecado. Es venir ante mi Dios en Cristo y guiado por el Espíritu, entendiendo que aun en las cosas que no sé ni conozco, el Espíritu intercede por mí ante el Padre.

Quisiera explorar la oración desde una perspectiva trinitaria: Padre, Hijo, y Espíritu.

1. El fundamento de la oración:

la santificación del nombre de Dios.

En Mateo 6:5-13, Jesús nos muestra que la oración bíblica es aquella expresada por un corazón dependiente, uno que busca y desea que Dios sea santificado. En otras palabras, la oración está centrada en Dios y no en mí.

El creyente debe entender que la oración busca que, de principio a fin, toda la atención sea dada al buen y soberano Dios que escucha la oración.

Muchas veces el centro de la oración es el creyente: lo que yo quiero, cómo yo me siento, cuándo quiero mi respuesta. Pero Jesús nos enseña que el centro de la oración es Dios. Orar es una comunicación de intimidad y amor como la de un padre con sus hijos. Al venir delante del Padre eterno y soberano con nuestras peticiones, buscamos que la primera de ellas sea que su nombre sea glorificado. Buscamos que, de la manera en que Él decida contestar nuestra oración, su nombre sea atesorado y proclamado.

Dios siempre va a contestar nuestra oración con el propósito de que confiemos que lo más precioso para nosotros es Dios mismo, y no lo que Él da.

2. La confianza en la oración: Cristo.

1 Juan 5:12-15 nos muestra que el creyente expresa su oración con confianza en Cristo, por Cristo, y para Cristo. Esta confianza radica en quien nos salvó y en quien nos sostiene.

También podemos ver que la oración es un fruto de la fe salvadora que Dios nos dio por gracia. Una vez Cristo nos salvó para adopción a la familia de Dios, la oración es la expresión de nuestra fe en Dios. Esta salvación

tan segura en Cristo nos lleva a una plena confianza de venir ante Dios con un deleite mayor día a día, para conocer más a nuestro Salvador.

La oración busca intensificar la relación que existe entre el creyente y Jesús. Por lo tanto, la oración del creyente es una muestra de que ha nacido de nuevo, que tiene a Cristo como salvador, y que confía plenamente en que va a contestar su oración. En la oración expresamos la razón por la que hemos sido creados: conocer, adorar, y glorificar a Dios. Nosotros venimos a Dios en oración no porque nos portemos bien, o solo cuando nos portamos mal, sino que venimos a Dios en todo tiempo, porque venimos ante Él en el nombre y la justicia de Cristo.

3. La ayuda en la oración: el Espíritu Santo.

La oración no es una disciplina para que el creyente crezca en independencia de Dios. Todo lo contrario, es una disciplina para fortalecer al creyente en su dependencia del Señor.

En Romanos 8:26-27 encontramos la maravillosa verdad de la intercesión del Espíritu Santo para con los hijos de Dios. En este pasaje, Pablo habla acerca de la debilidad del creyente que no sabe qué orar. No sabe qué pedir, no sabe cómo entender la voluntad de Dios, no sabe por qué Dios permite esto o lo otro.

Cuando estamos en esta situación, el Espíritu Santo toma nuestro lugar y va al Padre representándonos y pidiéndole lo que nosotros necesitamos.

El Padre escudriña y sabe lo que hay en nuestro corazón, ese nuevo corazón que busca y anhela por gracia obedecer y glorificar a Dios. Cristo hizo todo lo necesario para que nos acerquemos ante Dios con confianza. El Espíritu Santo intercede para que el Señor haga con nosotros lo que es conforme a su santa voluntad.

¡Qué privilegio tan grande! Que Dios nos conceda su gracia para crecer en la disciplina del deleite de la oración.

Un modelo de oración basado en Efesios 1:15-23

Gracias Dios por darnos salvación en Cristo y unirnos a Él para conocerte y amarte, porque Tú nos conociste y nos amaste desde la eternidad. Qué gozo poder venir delante de ti confiando no en mis obras sino en las obras y justicia de Cristo. Perdóname por mis pecados y por muchas veces no tener el gozo y la disciplina para orar. Gracias de nuevo por tu eterno amor en Cristo para conmigo. Te pido que tanto a mí como a otros hermanos y hermanas nos des más de tu Espíritu para conocerte cada vez mejor.

Que este conocimiento, Padre, traiga fruto en mi vida espiritual, mi familia, mi iglesia, y mi comunidad. Que por medio de tu poder en Cristo pueda vivir conforme a tu voluntad y para tu gloria. Confío en ti porque tú eres mi Dios en Cristo, y porque tu presencia reside en mí por medio del Espíritu Santo.

*En el nombre sobre todo nombre,
Cristo Jesús, Amén.*

Preguntas de reflexión

- Q ¿Por qué crees que a veces no prestamos atención a lo importante que es santificar el nombre de Dios?
- Q ¿De qué maneras la oración nos ayuda a crecer en dependencia de Dios?
- Q Examinando tu vida de oración, ¿puedes concluir que siempre te acercas a Dios en el nombre de Cristo, confiando en su justicia? Si tu respuesta es “sí” o “no”, ¿podrías explicar por qué?
- Q ¿De qué manera el rol del Espíritu Santo en la oración debería animarte a acercarte con mayor confianza al Señor?
- Q A la luz de lo aprendido hasta ahora, ¿por qué la oración debe ser un deleite para el creyente?

Día 2

8 preguntas sobre la oración que probablemente te da vergüenza hacer

por Joe Carter



• Alguna vez has tenido una pregunta acerca de la oración que parecía tan evidente (al menos para todos los demás) de la cual no te atreverías a buscar una respuesta? Si es así, no estás solo. En algún momento de su viaje espiritual, todo cristiano ha tenido preguntas acerca de la oración. Nunca debemos sentir vergüenza por las preguntas sinceras que tenemos acerca de la oración, pues nos proporcionan una razón para buscar en la Escritura, obtener conocimiento de Dios, y hacer que el creyente sepa las respuestas que hay sobre la comunicación con Dios.

Aquí están algunos ejemplos de preguntas que quizá (como yo) has tenido acerca de la oración, y que (también como yo) te has sentido demasiado avergonzado para preguntar.

¿Qué es exactamente la oración?

La oración es un encuentro con Dios iniciado por Dios, en el que humildemente nos comunicamos con el Señor y le adoramos, confesamos nuestros pecados y transgresiones, y le pedimos que llene nuestras necesidades y los deseos de nuestro corazón.

¿Tengo que ponerme de rodillas o cerrar los ojos para orar?

En la Biblia vemos que el pueblo de Dios ora en una variedad de posiciones. No hay una posición bíblica requerida para orar. Sin embargo, ciertas posturas pueden ser herramientas útiles para orar, ya que nos ayudan a expresar reverencia y humildad cuando nos encontramos con Dios.

¿Estamos obligados a orar?

Sí, la Escritura nos manda a orar (1 S. 12:23; 1 Ts. 5:17; Lc. 18:1). Como dice Tim Keller: “Fracasar en la oración... no es solo romper una regla: es fracasar en tratar a Dios como Dios”.

¿Debemos orar al Padre, al Hijo, o al Espíritu Santo?

Toda oración debe ser dirigida a nuestro Dios Trino: Padre, Hijo, y Espíritu Santo. La Biblia enseña que podemos orar a uno o a los tres, porque los tres son uno. Orar a uno de los miembros de la Trinidad es orar a Dios.

En las Escrituras encontramos ejemplos de creyentes que oran al Padre (Sal. 5:2) y al Hijo (Hch. 7:59). Sin embargo, nunca vemos una instancia en la Biblia donde una persona ore al Espíritu Santo. ¿Por qué es eso? Debido a que el Espíritu Santo no da testimonio de sí mismo, sino del Hijo (Jn. 15:26). Sin embargo, debido a que el Espíritu Santo es Dios, podemos orar directamente al Espíritu.

¿Hay oraciones que Dios se niega a escuchar?

Sí, hay al menos una docena de tipos de oración que Dios se niega a escuchar, como la oración de los idólatras (Ez. 8:18), peticiones de oración hechas por aquellos que dudan de Dios (Stg. 1:6-7), y peticiones de oración hechas por los que niegan prestar atención a la ley de Dios (Pr. 28:9, Zac. 7:11-13).

¿Es aceptable orar repetidamente por la misma cosa?

Sí. De hecho, siempre y cuando por lo que estés orando esté dentro de la voluntad de Dios, la Escritura te anima a llevar repetidamente en oración tu petición (Lc. 18:1-7; 11:5-12).

¿Qué significa orar en el nombre de Jesús?

En Juan 14:13-14, Jesús nos enseña a orar en su Nombre: “Y todo lo que pidan en Mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si Me piden algo en Mi nombre, Yo lo haré”. Añadir simplemente las palabras “en el nombre de Jesús” a nuestra oración no tiene ningún efecto especial. Jesús no nos está dando una fórmula mágica que va a obligar a Dios a responder a nuestras oraciones. Lo que significa orar en el nombre de Jesús es que estás orando con la autoridad del Hijo, pidiéndole a Dios el Padre que actúe sobre nuestras oraciones, porque venimos en el nombre de Jesús. Orar en el nombre de Jesús significa lo mismo que orar conforme a la voluntad de Dios.

¿Qué es la oración de intercesión?

La intercesión es el acto de intervenir en nombre de alguien que está en dificultades o problemas, suplicando o pidiendo por su causa. La oración de intercesión es simplemente el acto de orar, intercediendo a Dios, en nombre de alguien que no seas tú mismo. Así como Jesús oró por sus discípulos y otros creyentes (Jn. 17: 6-25), la Escritura deja claro que todos los cristianos deben orar por los demás.

Preguntas de reflexión:

- Q ¿Cuál de estas preguntas es la que más te has hecho en tu caminar como creyente y por qué?
- Q ¿Cuál de las respuestas a estas preguntas te impactó más y por qué?
- Q ¿Añadirías otra pregunta sobre la oración? (Comparte en grupo para que otros miembros puedan aportar sus respuestas basadas en la Biblia).

Día 3

5 pasos para orar eficazmente

por Miguel Martínez



• ¿Alguna vez te has preguntado mientras oras si solo le estás hablando a la pared? “¿Me estará escuchando Dios?”, te preguntas. Tal vez nuestra oración no es aceptable por alguna razón. ¿Pudiera haber algo que se nos olvida?

La oración efectiva y bíblica está disponible para todos nosotros. Es importante estar al tanto de algunos aspectos que nos ayudarán a orar eficazmente. Si eres hijo de Dios, Él te escucha. Pero debes saber cómo orar efectivamente. Quisiera compartir contigo cinco consejos para orar eficazmente.

1. Conoce mejor a Dios por medio de su Palabra.

La fuente de información sobre la oración es la Biblia. En sus páginas encontramos una guía fiel que nos ayuda a dirigirnos a Dios con nuestras propias palabras. Los Salmos son una colección de oraciones de todo tipo, y es allí donde podemos hallar los pasos que tomaron aquellos poetas inspirados que hicieron grandes peticiones a Dios.

Entre estas oraciones notamos que los salmistas estaban conscientes de la Palabra de Dios. Ellos la leían y estudiaban con el propósito de conocer al Señor profundamente.

“SEÑOR, muéstrame tus caminos, enséñame tus sendas. Guíame en tu verdad y enséñame, porque tú eres el Dios de mi salvación; en ti espero todo el día”, Salmo 25:4-5.

El deseo de conocer a Dios no tiene agenda. Los motivos no son (o no deben ser) recibir algo, o manipular a Dios. El salmista desea conocer a Dios porque está agradecido. Está diciendo: “Ya que me salvaste, ¡quiero saber por qué! ¿Por qué harías algo así? ¿Quién eres y por qué te preocupaste por mí?”

El cristiano vive en constante maravilla de la Persona de Dios. Su gracia y bondad surgen de una naturaleza

que buscamos entender para apreciarla con toda la capacidad humana que tenemos.

“Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú has establecido, digo: ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, y el hijo del hombre para que lo cuides?”, Salmo 8:3-4.

Al conocer a Dios, nuestra oración se convierte en la respuesta natural a su belleza alta y majestuosa. Por eso, la Palabra de Dios y la teología contenida en ella es preciosa para el creyente sincero que le busca en oración.

2. Deja que tu corazón crezca en amor por Dios.

Junto con conocer más a Dios viene el crecimiento de nuestros afectos por los finos atributos de Dios. Al oír de sus proezas, su carácter, y sus obras milagrosas, nuestras emociones se desatan con amor a Dios. Dice el salmista:

“Digo: ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, y el hijo del hombre para que lo cuides? ¡Sin embargo, lo has hecho un poco menor que los ángeles, y lo coronas de gloria y majestad! Tú le haces señorear sobre las obras de tus manos; todo lo has puesto bajo sus pies: todas las ovejas y los bueyes, y también las bestias del campo, las aves de los cielos

y los peces del mar, cuanto atraviesa las sendas de los mares. ¡Oh SEÑOR, Señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra!”, Salmo 8:4-9.

David, el escritor, piensa en lo que Dios ya ha cumplido. Y también considera lo que dice el libro de Génesis acerca del señorío sobre la tierra que Dios ha dado al hombre. Al considerar esto, David exclama al Señor, asombrado por lo que ve. “¡Oh Señor... cuán glorioso es tu nombre!”. Claramente, David se impresionó al estudiar la Palabra, tanto que tuvo que componer un poema, que a la vez es una oración de adoración.

Cientos de ejemplos existen en la Palabra de personajes exclamando apasionadamente su emoción al ver lo que Dios ha hecho.

“¡Aleluya! Alaben a Dios en su santuario; alábenlo en su majestuoso firmamento. Alaben a Dios por sus hechos poderosos; alábenlo según la excelencia de su grandeza”, Salmo 150:1-2.

3. Alaba a Dios con gratitud en todo tiempo.

Estar vivo es estar en deuda con Dios. Tan solo por crear-nos y preservarnos, Él ya ha hecho más de lo que merecemos. Pero, por encima de eso, Él también nos ha salvado. Y eso es totalmente inmerecido.

“Porque mientras aún éramos débiles, a su tiempo Cristo murió por los impíos. Porque difícilmente habrá alguien que muera por un justo, aunque tal vez alguno se atreva a morir por el bueno. Pero Dios demuestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”, Romanos 5:6-8.

Nada en nosotros provocó que Dios nos diera su salvación. No fue nuestra fe (“siendo aún pecadores”), no fue nuestra bondad, obediencia, sencillez, gentileza, o lo que sea. Dios nos salvó según su voluntad. Y por esto, el cristiano debe vivir agradecido.

4. Laméntate ante Dios cuando vengan los tiempos malos.

Solo porque eres fiel a estos pasos no significa que nunca vendrá el sufrimiento. La verdad es que para el cristiano auténtico, el sufrimiento está casi garantizado.

“Es para su corrección que sufren. Dios los trata como a hijos; porque ¿qué hijo hay a quien su padre no discipline?”, Hebreos 12:7.

Dios usa el sufrimiento así como el escultor usa el martillo y cincel. La vida sin sufrimiento produce un ser

humano inmaduro. Entonces, nuestras oraciones durante estos tiempos malos deben ser apropiadas.

No hay un solo supersanto que pueda soportar tales tiempos sin que se sienta abandonado. La Palabra de Dios anticipa esto, y Él se encargó de inspirar palabras que expresan el sentir en estos momentos.

“Oh SEÑOR, escucha mi oración, y llegue a ti mi clamor, no escondas de mí tu rostro en el día de mi angustia; inclina hacia mí tu oído; el día en que te invoco, respóndeme pronto. Porque mis días han sido consumidos en humo, y como brasero han sido quemados mis huesos”, Salmo 102:1-3.

5. Acude a la salvación provista por Jesús.

Cuando hemos notado todo lo que Dios ya ha hecho por nosotros, alabándole y amándole, agradecidos y probados, podemos entonces elevar nuestros deseos hacia Él. Pero estos deseos no son de uno que busca riquezas o lujos en este mundo. El corazón del que ora eficazmente es un corazón que desea lo que Dios desea.

Aun Jesús, la noche que fue entregado, le pidió al Padre:

“Entonces les dijo: ‘Mi alma está muy afligida, hasta el punto de la muerte; quédense aquí y velen

junto a mí. Y adelantándose un poco, cayó sobre su rostro, orando y diciendo: ‘Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa’, Mateo 26:38-39.

Es importante no minimizar la agonía de Jesús. Al decir: “Mi alma está muy afligida, hasta el punto de la muerte”, no miente ni exagera. Jesús se estremeció en llanto y dolor, con un temor profundo y traumatizante. En su humanidad, no sabía lo que le esperaba. El sufrimiento espiritual es tan grave, que llega al punto de darse por vencido. Llega al punto de pedirle a su Padre divino y omnipotente que lo libre de la tortura. Y lo pudo haber hecho.

Pero su corazón, perfectamente santo, perfectamente obediente, perfectamente humilde, mejor dice: “Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieras” (Mt. 26:39).

Si hay un hombre en toda la historia a quien se le concedería toda oración, sería a Jesús. Pero Él rinde su voluntad, y el Padre cumple con lo que sigue: el sacrificio de su propio Hijo. Es este Jesús quien con su sangre nos ha concedido entrada al trono del Padre. Y Él mismo intercede por nosotros.

“Pero Jesús conserva su sacerdocio inmutable puesto que permanece para siempre. Por lo cual Él también es poderoso para salvar para siempre a los que por medio de Él se acercan a Dios, puesto

que vive perpetuamente para interceder por ellos”,
Hebreos 7:24-25.

Oramos confiando en el Espíritu quien nos santifica, acercando nuestros corazones a Cristo, confiando en Jesús, quien vive intercediendo por nosotros ante el Padre, y confiando en el Padre, quien se glorifica en salvar a su pueblo y en ayudar a quien se lo pida.

Qué gran privilegio es poder comunicarnos con Dios como sus hijos. Nos hará bien recordar lo que dijo el apóstol Pablo: “Por nada estén afanosos; antes bien, en todo, mediante oración y súplica con acción de gracias, sean dadas a conocer sus peticiones delante de Dios” (Fil. 4:6).

Preguntas de reflexión

- Q De los pasos mencionados por el autor, ¿en cuál necesitas avanzar más y por qué?
- Q ¿Cómo crees que la intercesión de Jesús por ti debería impactar tu vida de oración?
- Q ¿Cómo podemos saber que es bíblico expresar lamento delante de Dios?
- Q El autor escribe: “Al oír de sus proezas, su carácter, y sus obras milagrosas, nuestras emociones se desatan con amor a Dios”. ¿Cómo describirías esto y su relevancia en la oración?

Día 4

Pidiendo cosas grandes cuando nos sentimos muy pequeños

por Sugel Michelén



Muchas veces, cuando el creyente ora, viene a su mente la duda sobre el derecho que tiene de ir delante del trono de Dios y hacer peticiones tan pretenciosas. “¿Qué derecho tienes de pedir cosas tan grandes? Esas son bendiciones que el Señor tiene reservadas para ciertos favoritos, para creyentes que son más fieles que tú. Tal vez si fuera tal o cual hermano que estuviera pidiendo eso, pero ¿tú?”

Cuando tus pensamientos te atormenten de ese modo, y te estén impidiendo acercarte libremente al trono de la gracia, considera los siguientes contraargumentos.

Dios es más grande que nuestras peticiones

Uno de los deberes que tienen los hijos de Dios es el de engrandecer a Dios: “Atribuyan grandeza a nuestro Dios” (Dt. 32:3). Eso no quiere decir que nosotros debemos hacer a Dios más grande de lo que es, porque tal cosa es imposible; pero lo que se nos pide aquí es que reconozcamos su grandeza, que la proclamemos y que actuemos conforme a ella.

Cuando el cachorro de león se pasea confiado al lado de sus padres, él está proclamando con su actitud que anda bien acompañado. De igual modo, el creyente debe proclamar con su actitud que su Dios es grande, eterno, todopoderoso. Y en ningún otro lugar reconocemos esto con más intensidad que en nuestra cámara secreta de oración. Allí nadie nos ve, pero nuestra confianza está proclamando la grandeza de Dios.

Y si ese es nuestro Dios, ¿qué podemos pedirle que sea demasiado grande para Él? Hay cosas que no nos atreveríamos a pedirle a una persona común y corriente, pero que sí podríamos pedirle a un presidente. Así también hay cosas que no podríamos pedirle a un presidente, pero que sí podemos pedirle a Dios (cp. 2 R. 6:26-27).

¿Qué nos ilustra esto? Que mientras más grande es la petición que hacemos, más grande es a nuestros ojos la persona a quien nos dirigimos. Y ¿qué nos dice la Escritura acerca de nuestro Dios? Que Él es “Aquel que es

poderoso para hacer todo mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos” (Ef. 3:20). ¿Es tu petición que Dios perdone tus pecados? Nunca pienses que estos son demasiado grandes como para ser perdonados, porque dice la Escritura que nuestro Dios se deleita en misericordia, y que Él es amplio en perdonar. ¿O es tu petición que te libre de un pecado que te está martirizando y esclavizando? El Dios al cual estás orando es capaz de abrir cualquier prisión de maldad en la cual puedas estar encerrado.

Los egipcios tenían una cruel tiranía sobre los israelitas, y dice en Éxodo 14:24: “A la vigilia de la mañana, el Señor miró el ejército de los Egipcios... y sembró la confusión en el ejército de los Egipcios”. Una sola mirada suya es capaz de desbaratar todo un ejército, y de terminar la más cruel de las tiranías. ¿O estás pidiendo tal vez que Dios te libre de una gran aflicción? ¿Estás en este momento sumido en tinieblas y no ves ni un rayo de luz por ningún lado? Recuerda entonces que Dios hizo todo lo que se ve de lo que no se veía. Siendo Él un espíritu puro, tiene tanto poder como para crear materia usando únicamente su Palabra. No debe ser difícil para Él organizar esa materia cuando de repente nos parezca que todo a nuestro lado es caótico y desordenado.

Hermano, la misericordia de Dios no es menor que su poder; ni su poder es menor que su misericordia. Él

ha decretado que Su poder infinito esté disponible para obrar en nuestras vidas de modo que todas las cosas sean para nuestro bien. Él mismo Señor dijo a Abraham en una ocasión: “¿Hay algo demasiado difícil para el Señor? (Gn. 18:14).

Así que si en un momento dado piensas que tu petición es muy grande, lo primero que debes hacer es comparar tu petición con la grandeza de Dios. Eso te dará más confianza para acercarte al trono de la gracia y derramar tus preocupaciones en la presencia de Aquel que cuida de nosotros con un amor infinito e inmutable.

Las promesas de Dios son inmerecidas

Para que la oración del creyente sea efectiva debe estar basada en las promesas que Dios nos ha dejado en su Palabra, ya que Dios no hará aquello que Él no ha prometido. Por ejemplo, supongamos que un individuo decide dejar de comer para siempre, y subsistir únicamente por medio de la oración. ¿Puede Dios preservar la vida de ese individuo, aunque deje de comer? Sí, Dios tiene poder para hacerlo. Pero ¿sabe qué es lo que muy probablemente le sucederá a este hombre? Que se morirá de hambre, porque Dios ha prometido sostener nuestra vida física a través de los alimentos.

Así que el creyente ora con base en las promesas que Dios nos ha revelado en las Escrituras, y Él nos ha

prometido que todas las cosas obrarán para nuestro bien; ha prometido suplirnos la gracia que necesitamos para que nuestro peregrinaje sea firme y seguro.

Cuando tus pensamientos te hagan dudar por lo grande de la petición, contraataca interponiendo las promesas de Dios. Es cierto que la misericordia que estás pidiendo es inmensamente grande, comparada con lo que realmente mereces. Pero el Rey soberano del universo te ha dado permiso para pedir esas cosas. Y más aún, te ha prometido responder tu petición conforme a su sabiduría y su bondad. “Clama a Mí, y Yo te responderé y te revelaré cosas grandes e inaccesibles, que tú no conoces” (Jer. 33:3).

Cristo pagó por las misericordias que necesitamos

No estás acudiendo al trono de Dios en tu propio nombre, porque si fuera así no encontrarías nada, sino en el nombre de Cristo, y el Padre no le niega nada a Su Hijo: “En verdad les digo, que si piden algo al Padre en Mi nombre, Él se lo dará” (Jn. 16:23). Noten que el asunto aquí no es únicamente que el creyente debe pedir al Padre la bendición requerida en el nombre de Cristo, sino que es también en ese Nombre que el Padre lo hará. Cristo es el canal a través del cual fluyen todas las bendiciones de Dios. Todas las bondades de las cuales Dios nos hace partícipes Cristo las compró para nosotros en

la cruz. Cristo compró para ti regeneración, fe, arrepentimiento, perdón de pecados, comunión con Dios, etc. Orar en el nombre de Cristo no significa mencionar su nombre al final de la oración. Es ir delante del Padre con base en lo que Cristo adquirió para ti.

Supongamos que Juan Pérez es administrador de una empresa, y que como tal, Juan puede firmar cheques de la cuenta que esta empresa tiene en un banco. Si Juan Pérez acude a ese banco como administrador, y con un cheque de la empresa, él puede sacar de ese banco todos los fondos que desee. Pero si acude al banco en su propio nombre, y emite un cheque personal, el banco no sacará el dinero de la empresa para dárselo, sino que examinarán la cuenta personal de Juan Pérez para ver si tiene los fondos necesarios.

De la misma manera, cuando el creyente acude al trono de la gracia, no lo está haciendo por sí mismo, ni en sus propios méritos. Está acudiendo en el nombre de Cristo, basado en los méritos de Él. Podemos ir delante de Dios porque Cristo, su Hijo, compró esas miserias para nosotros. Esa es la enseñanza de Hebreos 4:14-16.

Así que la próxima vez que vayas a orar, y tus pensamientos te arrastren al terreno de la duda, diciéndote: “Pero, ¿quién crees que eres?”. Es el momento de responder: “Yo sé que no soy nadie, y que no tengo derecho

a pedir nada por mí mismo delante del trono de Dios; pero estoy orando en el nombre de Cristo. Es en sus méritos que confío, no en los propios”.

He aquí algunos de los remedios que podemos usar como creyentes para defendernos de las estratagemas de Satanás. Solo deseo recordarte para concluir que en el reino de Cristo hay una ley por la que se rigen todas las cosas: “Hágase en ustedes según su fe”.

Quiera el Señor aumentar nuestra fe y, por consiguiente, aumentar nuestra vida de oración, al escuchar estos argumentos que nos estimulan a traer continuamente nuestra causa delante del trono de la gracia, y a echar nuestras ansiedades sobre Él, sabiendo que Él tiene cuidado de nosotros.

Preguntas de reflexión

- Q El autor escribe: “El creyente debe proclamar con su actitud que su Dios es grande, eterno, todopoderoso”. ¿Cómo se relaciona esta verdad con la oración?
- Q En tus propias palabras, ¿cómo se relacionan el tamaño de nuestra visión de Dios con el tamaño de las cosas que estamos dispuestas a pedirle?
- Q ¿De qué maneras prácticas puedes atacar tus temores con las promesas de Dios?
- Q ¿Cómo es que la obra redentora de Cristo nos brinda seguridad para acercarnos a Dios en oración?

Día 5

Cómo tener una vida de oración más gozosa

por Kevin Halloran



Si tuvieras que describir tu vida de oración en una palabra, ¿qué elegirías? ¿Fiel? ¿Eficaz? ¿Gozosa? ¿O elegirías palabras como irregular, inconsistente, o blah?

Yo también he estado allí. Y hasta hace poco, no me había preocupado. Pensaba que era normal y que todo estaba bien. Pero después me percaté de que estar contento con una vida de oración mediocre expone una visión anémica de Dios. Hace que Dios parezca opcional en vez de supremo, y distante en lugar de accesible a través de la fe en Cristo. Me di cuenta de que Él es digno de mucho más que mis excusas y mi pereza.

Una vida de oración más gozosa puede estar más cerca de lo que piensas, incluso si no tienes idea de

cómo llegar allí. Dios quiere que disfrutemos de Él en oración. A veces todo lo que se necesita es una pequeña rampa que nos lleve a la carretera de la oración gozosa y la comunión más profunda con Dios. Aquí cinco ánimos que podrían ayudarte en este camino.

Medita en Dios como nuestro Padre

En las primeras palabras de la oración del Señor, Jesús nos invita a dirigir nuestras oraciones así: “Padre nuestro que estás en los cielos” (Mt. 6:9). Ver a Dios principalmente como Padre nos impide verlo como un juez severo, un poder superior e impersonal, o un genio mágico que otorga deseos.

Nuestro Padre todopoderoso nos ama como sus hijos y busca lo mejor para nosotros. Él tiene el poder y el deseo de guiar nuestras vidas, responder a nuestras oraciones, y cumplir sus propósitos en nosotros. Nuestra relación con nuestro Padre celestial es imposible de romper, y su amor por nosotros infinito.

Conocer las implicaciones esto nos da confianza en la oración: “Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no negó ni a Su propio Hijo, sino que Lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también junto con Él todas las cosas?” (Ro. 8:31b-32).

Cuando luchas en la oración, ánimoate reconociendo que tu Padre lo sabe y que aun así te ama. Cobra

ánimo porque, incluso cuando no sientes amor hacia Dios, puedes acercarte a Él sabiendo que Él te ama. Todo lo que se necesita es mencionar la palabra “Padre” para entrar en un mundo de deleite.

Confiesa tus pecados

Durante las temporadas espirituales difíciles de mi vida, la culpa por mi pecado me impidió orar. ¿Cómo podría alguien tan indigno como yo acercarse a un Dios santo? Esta actitud revela una comprensión débil del evangelio. La verdad es que Dios conoce nuestro pecado y nos invita a confesarlo y recibir su purificación (1 Jn. 1:9; cf. Mt. 6:12; Sal. 32).

Uno de los reformadores dijo: “El principio, e incluso la preparación para orar apropiadamente es pedir perdón y confesar la culpa humilde y sinceramente... no es extraño que los creyentes abran la puerta a la oración con esta llave...”

Cuando te sientas abatido por el peso de tu pecado, toma la llave de la confesión y entra por la puerta a la oración. Deja que tu pecado te conduzca a una sincera confesión y a una confiada alegría en el Cristo que vino a rescatar a los pecadores y a darles acceso al Padre (1 Ti. 1:15; ver He. 4:16).

Ora las oraciones que Dios quiere contestar

Dios quiere escuchar tus oraciones porque “la oración de los rectos es su deleite” (Pr. 15:8). Él también garantiza que responderá ciertas oraciones. ¿Por qué no tomarle la palabra a Dios y orar lo siguiente?:

Ora por sabiduría

Santiago 1:5 dice: “Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, que se la pida a Dios, quien da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada”. Dios nos otorgará sabiduría para cualquier situación; solo tenemos que pedirla.

Ora según la voluntad de Dios

Considera 1 Juan 5:14-15: “Esta es la confianza que tenemos delante de El, que si pedimos cualquier cosa conforme a Su voluntad, El nos oye. Y si sabemos que El nos oye en cualquier cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que Le hemos hecho”. Esta promesa (que también puede expresarse como la oración en el nombre de Jesús) debería envalentonar nuestras oraciones y agudizar nuestras expectativas.

Dado que la Escritura es la voluntad revelada de Dios, al orar las palabras de la Escritura de vuelta a Dios, aplicamos esta verdad de manera poderosa. Ten en cuenta estos ejemplos de oraciones que Dios quiere contestar:

- Ora para ser santificado (1 Ts. 4:3).

- Ora por una mente renovada y una vida apartada (Ro. 12:1-2).
- Ora para dar fruto al permanecer en Cristo (Jn 15:1-8).
- Ora por la gracia de agradar a Cristo en tu trabajo (Ef. 6:5-8).
- Ora por la alegría y la presencia del Espíritu en medio del sufrimiento (Ro. 5:3-5).

Ora las oraciones de la Biblia

La Biblia proporciona un almacén de oraciones inspiradas por el Espíritu. Ya sean las oraciones del apóstol Pablo, de Moisés, o de Jesús mismo (cf. Mt. 6:9-14; Jn. 17), orar las palabras de las Escrituras nos ayuda a acercarnos a Dios con palabras de su elección para que pensemos sus pensamientos y pidamos las cosas cerca de su corazón.

He visto cómo Dios ha respondido a mis oraciones haciendo eco de la petición de Pablo en Efesios 1:15-23. En esta oración, Pablo ora por tener una comprensión espiritual más profunda de tres cosas: la esperanza, el amor, y el poder del evangelio. Nunca hubiera pedido por estas tres cosas sin el ejemplo de Pablo. Estos tipos de respuestas a la oración alimentan mi deseo de orar.

Orar por estas cosas no garantiza que Dios responderá como nos plazca, sino que actuará como una barranda de protección para asegurar que nuestros corazones estén en línea con sus propósitos.

Da gracias

La acción de gracias nos ayuda a no enfocarnos en nuestras circunstancias, sino en todo lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo. Cuando se combina con la oración genuina, la acción de gracias nos lleva a experimentar la paz de Dios que trasciende el mundo (Fil. 4:6-7).

El famoso comentarista de la Biblia, Matthew Henry, proporciona un ejemplo perfecto de cómo la acción de gracias lleva a la alegría. Al reflexionar sobre el robo de su billetera, escribió en su diario las siguientes palabras:

“Señor, ayúdame a estar agradecido. Primero, porque nunca antes me habían robado; segundo, porque aunque se llevaron la cartera, no me quitaron la vida; tercero, porque aunque se llevaron todo lo que tenía, no era mucho; y cuarto, porque fui yo a quien robaron y no quien robó”.¹

La gratitud de Henry convirtió una situación traumática en una oportunidad para contemplar la gracia de Dios. Como hijos de Dios comprados con su sangre y esperando una herencia eterna, siempre tenemos razones para dar gracias (1 Ts. 5:18).

1 Citada en John Yates, “An Attitude of Gratitude”, Preaching Today, Tape No. 110.

Permite que un corazón agradecido y centrado en el evangelio te conduzca a una comunión gozosa con el Padre.

Medita en las promesas de Dios

Las riquezas del evangelio son demasiado grandes y gloriosas como para entenderlas completamente. Las vamos captando a medida que meditamos en ellas. Calvino dice: “Excavamos por la oración los tesoros que fueron señalados por el evangelio del Señor, y que nuestra fe ha contemplado”.² Algunos tesoros del evangelio solo son desenterrados con la pala de la oración.

Meditar en las “preciosas y maravillosas promesas” de Dios (2 Pe. 1:4) nos llevará más profundamente en las inescrutables riquezas de Cristo, y causará que el asombro brote en nuestros corazones.

Te sugiero meditar en promesas específicas para las circunstancias de tu vida: tus luchas con el pecado, tus dudas, tus relaciones, tu trabajo, etc. A medida que las promesas de Dios se apoderen de tu mente y corazón, tendrás mayor alegría.

Spurgeon comenta: “El mejor hombre que ora es el hombre que está más fielmente familiarizado con las promesas de Dios. Después de todo, la oración no es otra

² *Institutos*, 3.20.2.

cosa que tomar las promesas de Dios para él y decirle: 'Haz lo que has dicho'".³

La oración: el camino hacia una alegría más plena en Dios

Conocer las indicaciones para la oración gozosa no es lo mismo que usarlas a diario. Debemos crecer en oración al planear tiempo para buscar a Dios diligentemente. Esto no es solo un propósito de año nuevo, es un propósito de vida.

Nuestro objetivo no debe ser simplemente la oración gozosa, sino el gozo en Dios a través de la oración. A medida que nos disciplinamos con ese objetivo, nuestra fe se fortalecerá y se enriquecerá al vivir cada vez más en su presencia, donde hay plenitud de gozo (Sal. 16:11).

Preguntas de reflexión:

- Q En tus propias palabras, ¿cuál es la utilidad de orar las oraciones de la Biblia? ¿Cómo podemos animar a las personas a orar conforme a la Palabra?
- Q ¿Cómo puedes explicar la forma en que las promesas de Dios avivan nuestra vida de oración?
- Q ¿Consideras que hay suficiente gratitud en tus oraciones? ¿Por qué? ¿Cómo esperas lidiar bíblicamente con eso?

3 "El secreto del poder de la oración", citado en *Encouraged to Pray* (Cross-Points Books, 2017).

Día 6

10 razones por las que debes orar más

por Liliana Llambés



Todos sabemos que la oración es vital para el cristiano. La verdadera pregunta es si vivimos conforme a esta verdad.

Aunque hablamos mucho de la importancia de la oración, solemos tratarla como si fuera un mero pasatiempo en lugar de una disciplina. Mientras que un pasatiempo es una actividad que realizamos esporádicamente de manera recreativa, una disciplina es trabajo duro que se hace con persistencia y con un objetivo determinado.

La oración no es para entretenernos, sino un mandato de nuestro Señor Jesucristo para cultivar nuestra relación con Él y crecer espiritualmente.

¿Por qué debemos ser personas disciplinadas en la oración? Aquí algunas razones.

1. Jesús fue nuestro modelo en la oración.

Jesús, siendo una de las Personas de la Trinidad, nos enseñó a ser constantemente dependientes de Dios a través de la oración (Lc. 22:32; 23:34; 6:12; Jn. 17:9-24; Mt. 6:9-15).

2. La oración se somete a la voluntad del Padre.

Cuando oramos, no lo hacemos para torcerle el brazo a Dios, ni para conseguir lo que nosotros queremos. Oramos para que la voluntad de nuestro Padre y sus propósitos se cumplan en nuestro corazón. Oramos al Padre para que nos guíe a llevar a la práctica sus propósitos (Mt. 6:10; Lc. 22:44).

3. La oración nos hace dependientes de Dios.

Cuando oramos, reconocemos que nosotros no podemos por nosotros mismos. Al mismo tiempo, confiamos en que Él nos dará todo lo que necesitamos para que nosotros hagamos lo que nos corresponde conforme a la Palabra (Pr. 16:3; Sal. 55:22).

4. La oración nos ayuda a vencer la tentación.

Aunque Dios no tiente a nadie, Él tiene la autoridad para permitir que seamos tentados por Satanás. A veces esa

tentación es tan ligera que no la percibimos. Así que oramos a Dios para que nos guarde de la tentación, nos dé fuerzas para poder soportarla, y sabiduría para hacer lo correcto (Mt. 6:13; Lc. 22:40).

5. La oración nos ayuda a vivir vidas santificadas.

Parte de nuestra santificación se logra cuando venimos al trono de la gracia a pedir perdón por nuestros pecados. Somos santificados cuando practicamos la oración en lo secreto, encomendando nuestra vida a Dios (Sal. 37:5-6).

6. Somos llamados a orar por los demás.

En 1 Timoteo vemos que los de Éfeso habían dejado de interceder por los perdidos, así que Pablo le dice a Timoteo que esta práctica debe ser una prioridad (1 Ti. 2:1).

7. La oración ha sido ordenada para sanar nuestros corazones.

Debido al sacrificio de Jesús en la cruz, podemos acercarnos a Dios en oración para pedir perdón por nuestros pecados. Además, orar unos por otros como iglesia nos ayudará a llevar juntos las cargas y luchas espirituales que tenemos.

8. La oración debe ser persistente.

La Biblia no nos enseña a orar casualmente, sino de manera insistente y con fe (Mt. 7:7).

9. La oración nos prepara para los tiempos de sufrimiento.

El sufrimiento vendrá a nuestras vidas, sea por enfermedad, consecuencias de pecado, situaciones económicas, etcétera. Nunca vamos a estar exentos del sufrimiento, pues es parte de lo que el Señor usa para hacernos más a la imagen de Cristo (Ro. 12:12; 2 Cr. 20:12).

10. Estamos en guerra.

En nuestra vida cotidiana hay una guerra feroz, y debemos de estar orando unos por los otros para que la Palabra de Dios sea propagada (2 Ts. 3:1).

Si no estamos orando, no estamos reconociendo que por nosotros mismos no somos capaces de ser los esposos, padres, amigos, hermanos, o empleados que Dios nos llama a ser.

Ruego a Dios que cada día meditemos en la Palabra y oremos para vivir vidas que le glorifiquen. Que dejemos de “cumplir” con orar como si fuera una opción o un pasatiempo para nosotros, y que seamos conscientes de nuestra profunda necesidad de acercarnos constantemente al Señor en rendición y adoración.

Preguntas de reflexión

- Q ¿De qué maneras a veces tratamos la oración como si fuera un mero pasatiempo?
- Q De las diez razones para orar que menciona la autora, ¿cuál es la que más sueles olvidar y por qué? ¿De qué maneras puedes recordarla más a menudo?
- Q Como hermanos en la fe, ¿cómo podemos usar estas 10 verdaderas para alentarnos a buscar más del Señor en la oración?
- Q ¿Cómo crees que la oración nos prepara para tiempos de sufrimiento? ¿Puedes pensar en algún ejemplo bíblico al respecto?
- Q ¿Cómo el orar unos por otros como iglesia nos ayudará a llevar juntos las cargas y luchas espirituales que tenemos?

Día 7

Cómo orar cuando no tengo ganas

por Ana Ávila



Lo vemos por todos lados. Desde el clásico “sigue tu corazón”, hasta personas sometiéndose a cirugías y tomando hormonas porque sienten que no están en el cuerpo correcto. No hay duda: nuestra generación ha hecho de los sentimientos su dios.

La cultura dice que la realidad se determina por lo que sentimos, pero la Escritura nos enseña otra cosa. Nuestros sentimientos son inestables y poco confiables. Como lo advirtió el profeta: “Más engañoso que todo, es el corazón, y sin remedio; ¿quién lo comprenderá?” (Jer. 17:9).

Incluso los expertos seculares se están dando cuenta. Hablando acerca de la motivación, la escritora y

conferencista Mel Robbins dice que “en algún momento todos nos creímos la mentira de que te tienes que sentir listo para cambiar”. En su libro *The 5 Second Rule* (La regla de los 5 segundos) Robbins escribe que los cambios que deseamos se logran actuando, no esperando sentirnos motivados para actuar.

Si bien los cristianos sabemos que las motivaciones del corazón son importantes, también estamos conscientes de que nuestro ser interior está siendo santificado paulatinamente. En esta vida jamás llegaremos a tener motivaciones puras todo el tiempo. En nosotros hay una lucha. Pablo escribió: “Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Ro. 7:19).

Si estás leyendo esto, probablemente es porque desees tener ganas de orar. Orar es el “bien que quieres”. Pero encuentras que muchas veces terminas haciendo el “mal que no quieres”: descuidar tu vida de oración. La tensión es real, pero en Cristo podemos vencerla.

Camina conforme a la verdad

Tengo una buena noticia para ti. No tienes que tener ganas de orar para orar. Si has nacido de nuevo, ya tienes todo lo que necesitas para orar y nadie te lo puede quitar. El Padre está a tu alcance en cualquier momento gracias a la justicia perfecta de Jesús. Tienes un nuevo corazón capaz de amar a Dios. Además, el Espíritu Santo, quien

te guía a toda verdad, mora en ti. Tienes la Biblia, la cual te da luz y palabras cuando no tienes ninguna.

Estas son las verdades a las que debemos aferrarnos cada vez que busquemos acercarnos a Dios en oración. No pongamos primero nuestros sentimientos, que aunque pueden glorificar a Dios, nos engañan muchas veces. No pongamos primero nuestro desempeño, que termina acusándonos cuando hemos sido negligentes.

Mientras que el mundo camina de acuerdo a sus emociones, los cristianos caminamos conforme a la verdad. Cuando te sientas tentado a “seguir tu (desanimado) corazón”, predícate la realidad del evangelio. ¡Eres libre! No tienes que tener ganas de orar para orar.

Pero, ¿no estoy siendo hipócrita?

A veces pensamos que solo deberíamos orar cuando “lo sentimos” porque si no estamos siendo falsos delante de Dios. Aunque a primera vista parece un argumento razonable, se nos olvida algo importante: la oración es un mandato, no una opción (1 Ts. 5:17).

Imagina que aplicáramos la misma lógica a la pureza sexual. “Le seré fiel a mi esposo cuando tenga ganas”. Ningún cristiano se atrevería a pensar de esa manera. Sabemos que debemos someter nuestros deseos por amor a Dios y a nuestro prójimo. En el caso de la oración

es lo mismo. Lo que sentimos no justifica nuestras acciones pecaminosas.

Dios conoce nuestro corazón. Podemos ser completamente honestos con Él y decirle: “Señor, no quiero orar, pero quiero querer. Cambia mi corazón y dame deseos conforme a los tuyos”. Él es el más interesado en transformarnos a su imagen. Él ha prometido hacer la obra en nosotros hasta el final (1 Ts. 5:23). Nuestro trabajo es perseverar a pesar de lo que sentimos y aferrarnos a la justicia de Cristo cada vez que fallemos.

Si no tienes ganas de orar, ora. Cada vez que lo haces estás elevando una alabanza que dice: “Yo no soy dios, mis sentimientos no son dios, tú eres Dios y te necesito”.

Algunas ideas prácticas

Lo diré una vez más: si no tienes ganas de orar, ora. Es parte de la lucha espiritual que estás llamado a enfrentar hoy. Aquí hay algunas ideas prácticas para ayudarte a perseverar en esta disciplina:

Ten una rutina: Lejos de depender de la motivación, crear una rutina nos ayudará a ni siquiera tener que preguntarnos dónde, cuándo, y por cuáles cosas oraremos hoy. Ten una hora y lugar determinado para invertir en oración. Pídele a tus padres o cónyuge que te ayuden a guardar ese tiempo cada día, evitando a toda costa llenar ese momento con otras actividades. Es

bueno también tener a la mano una lista de personas y cosas por las que quieres orar constantemente.

Ora la Biblia: Como parte de tu rutina puedes tener preparada una lista de pasajes que te ayuden a dirigir tus palabras en oración. Por ejemplo, puedes usar un salmo al día y orar por tus pastores, familia, amigos, y circunstancias basado en el contenido de ese texto. Donald Whitney explica cómo hacer esto con mucho más detalle en su libro *Orando la Biblia*.

Escribe tus oraciones: Uno de los problemas más comunes a la hora de orar es que nos distraemos y perdemos el hilo de lo que estamos diciendo. En mi caso, escribir mis oraciones me ayudó a concentrarme durante periodos de tiempo mucho más largos. Puedes combinar esto con orar la Biblia y escribir pasajes que te llamaron la atención en tu lectura diaria. Eso te ayudará a aplicar a tu vida el texto y pedirle a Dios que te transforme conforme a lo que aprendiste.

Rinde cuentas: Aunque tu vida de oración puede ser algo muy personal, eso no significa que tienes que enfrentar las dificultades solo. Eres parte de la Iglesia, y Dios te ha rodeado de hermanos y hermanas que pueden ayudarte en tu caminar. Comparte tus luchas con un creyente de confianza, y pídele que ore por ti en esta área, que esté al pendiente de tu progreso.

Aprende de otros: No te avergüences de pedir consejo a tus pastores o hermanos maduros en la fe. A veces creemos que somos los únicos que estamos batallando, cuando la gran mayoría de los cristianos hemos pasado por desiertos en la oración. Los que tienen más tiempo en el Señor pueden ayudarte. También puedes encontrar consejo y ánimo en biografías de cristianos conocidos por sus vidas de oración. No olvides asistir regularmente a las reuniones de oración de tu iglesia. ¡No hay mejor manera de aprender a orar que orando!

Sienta lo que sienta tu engañoso corazón, ora. No dejes que tus emociones te priven del gran privilegio que es acercarte con toda confianza al Padre. Él conoce tus luchas; puedes ser completamente sincero sobre todas ellas. Persevera y verás cómo serás transformado por gracia a través de tus esfuerzos. ¡Dios ha prometido hacer la obra en nosotros! Tú y yo solo debemos confiar y obedecer, sin importar las ganas que tengamos.

Preguntas de reflexión

- Q En tus propias palabras, ¿cómo explicarías que no necesitamos sentir deseos de orar para empezar a orar?
- Q La autora del artículo explica: “Nuestro trabajo es perseverar a pesar de lo que sentimos y aferrarnos a la justicia de Cristo cada vez que fallemos”. ¿Por qué esto debería alentarte a buscar orar más a menudo?
- Q De las cinco ideas prácticas que comparte la autora, ¿practicar alguna de ellas? Si es así, ¿cuál ha sido tu experiencia y qué consideras que podrías mejorar?
- Q La autora explica: “No te avergüences de pedir consejo a tus pastores o hermanos maduros en la fe”. ¿Por qué crees que a veces sentimos vergüenza en relación a nuestra vida de oración? ¿Cómo puede el evangelio ayudarnos a batallar contra esos sentimientos de vergüenza?

Día 8

Por qué amo ir a las reuniones de oración en mi iglesia

por Leo Meyer



La poca asistencia a los servicios de oración en nuestras congregaciones tristemente demuestra la frialdad espiritual de muchos cristianos. El que los creyentes pierdan la pasión por los tiempos de oración congregacionales es resultado del engaño de Satanás, quien tiene la meta de destruir la obra de Dios en el creyente.

Deberíamos tener una actitud mucho mejor en esas reuniones. Si entendiéramos su valor espiritual, más que faltar, anhelaríamos estar ahí.

Hay varias razones por las que amo ir a las reuniones de oración de mi iglesia. Me gustaría compartirlas contigo, y espero estimularte a hacer un compromiso de fe y obediencia a nuestro Dios, y a la vez a la comunidad

a la que perteneces. Si la iglesia en Hechos se caracterizaba por la oración (2:1; 3:1; 4:24; 8:15; etc.), nosotros también necesitamos hacerlo.

Veamos, pues, algunas razones por las que amo ir a las reuniones de oración.

1. Hablo con mi Padre celestial junto a mis hermanos.

Sí, lo sé. Puedo hablar con mi Padre celestial desde mi casa. Pero Dios ha destinado que al reunirnos como iglesia, juntos como cuerpo, hablemos a nuestro Padre celestial (c.f. Hch. 4:24).

Conversar con mi papá a solas era importante y bueno. Sin embargo, había algo distinto cuando nos sentábamos en la mesa toda la familia y hablábamos con él de las experiencias del día, los nuevos retos, y los temores o debilidades con las que luchábamos. La armonía que se generaba, la empatía al escuchar las luchas de algunos, y el gozo que resultaba en esa dinámica eran beneficios que hacían crecer la comunión entre la familia.

De igual manera, espero con ansias reunirnos como hermanos en Cristo para orar a nuestro Padre. Saber que puedo hablar con mi Padre en un contexto en el que “mi Padre” se hace “nuestro Padre” genera en mí una necesidad urgente de estar ahí en esa reunión de oración. Mis hermanos en Cristo le dan un toque diferente

a mi tiempo con Dios. Como cuerpo, disfrutamos de la misma comunión y mostramos el amor de Dios entre nosotros.

Además, es interesante notar que Dios llamó a su templo no una casa de predicación o de hermandad, sino una casa de oración, mostrando así su deseo de relacionarse con su pueblo. Por medio del profeta Isaías, Dios dijo:

“Yo los traeré a Mi santo monte,
Y los alegraré en Mi casa de oración.
Sus holocaustos y sus sacrificios
serán aceptados sobre Mi altar;
Porque Mi casa será llamada casa de oración
para todos los pueblos”, Isaías 56:7.

2. Mi vida espiritual es fortalecida.

Lo he vivido una y otra vez. Llego a mitad de semana a la reunión de oración cargado por los afanes de la vida y las pruebas por las que atravieso, lidiando con la incredulidad y los temores, luchando con mis propios pecados.

Sin embargo, por medio de la comunión con los hermanos en oración, el Espíritu Santo revitaliza mi alma. He podido sentir la plenitud que el Señor trae por medio de su Palabra leída, explicada, y orada en medio de tiempos largos y cortos de oración con otros

hermanos. Mi ser interior cobra ánimo y recibe fuerzas para seguir en la batalla de la fe.

El Señor bendice la oración congregacional. Lo vemos en Mateo, mientras Cristo habla a sus discípulos del proceso a seguir cuando deban aplicar disciplina en la iglesia. El evangelista cita al Maestro:

“Además les digo, que si dos de ustedes se ponen de acuerdo sobre cualquier cosa que pidan aquí en la tierra, les será hecho por Mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en Mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos”,
Mateo 18:19-20.

Jesús asegura que habrá respuesta a la oración de la iglesia que se reúne en armonía, y confirma su presencia entre ese grupo de creyentes. ¡Cuán alentador es saber que el Dios trascendente se ha hecho cercano! Isaías confirma esto al decir:

“Porque así dice el Alto y Sublime
Que vive para siempre, cuyo nombre es Santo:
‘Yo habito en lo alto y santo,
Y también con el contrito y humilde de espíritu,
Para vivificar el espíritu de los humildes

Y para vivificar el corazón de los contritos”,
Isaías 57:15.

El salmista también nos recuerda: “El Señor está cerca de todos los que Lo invocan, de todos los que Lo invocan en verdad” (Sal. 145:18). Esto fortalece nuestros corazones en Él.

3. Sensibiliza mi alma y confronta mi orgullo.

Al escuchar las peticiones de oración de otros hermanos en la fe acerca de sus necesidades, pruebas, ansiedades, y luchas familiares o laborales, mi corazón se sensibiliza. Me mueve a la compasión, pues puedo palpar y sentir más cercano el dolor que atraviesan.

Somos llamados a orar los unos por los otros. Santiago nos dice:

“¿Sufre alguien entre ustedes? Que haga oración. ¿Está alguien alegre? Que cante alabanzas. ¿Está alguien entre ustedes enfermo? Que llame a los ancianos de la iglesia y que ellos oren por él, ungiéndolo con aceite en el nombre del Señor. La oración de fe restaurará al enfermo, y el Señor lo levantará. Si ha cometido pecados le serán perdonados. Por tanto, confiésense sus pecados unos a otros, y oren unos por otros para que sean sanados. La oración

eficaz del justo puede lograr mucho”, Santiago 5:13-16.

Mi alma se beneficia al estar en una reunión donde buscamos obedecer este mandato de orar los unos por nosotros, no solo porque soy más empático con quienes sufren, sino también porque mis propias luchas cobran un brillo distinto. Ya no parecen ser las pruebas más difíciles. Dejan de lucir como las más prolongadas. Allí puedo ver mis problemas mucho más pequeños de lo que creía. Dios usa la confesión y solicitudes de peticiones de oración de mis demás hermanos para ministrar a mi alma. Soy, por un lado, sensibilizado por el dolor de los demás, y por el otro, veo mi orgullo enflaquecer al ver las tribulaciones que atraviesan mis hermanos. Bendito sea Dios.

¡Vayamos a la reunión de oración!

Es triste decirlo, pero creo una razón por la que no amamos las reuniones de oración es porque no confiamos tanto en Dios como deberíamos. Dudamos que sea capaz de hacer lo que dice que puede hacer. O siquiera de que escucha oraciones que no sean tan hermosas como las de Daniel o de personas tan piadosas como Nehe-mías. Y eso debe ser doloroso para nosotros, y debe llevarnos a una evaluación personal.

La realidad es que Dios no cambia. Él es el mismo ayer, y hoy, y por siempre (He. 13:8). Su poder no ha cambiado, su sabiduría no ha cambiado, su fuente de provisión no ha variado. Nosotros sí podemos cambiar. Podemos perder nuestra confianza. Somos capaces de alejarnos de Él llenos de temores e incredulidad, sin siquiera dirigirle la palabra. Sin embargo, podemos arrepentirnos.

El evangelio nos muestra nuestro pecado, pero también el camino de regreso. ¡Volvamos nuestra vista hacia Él! Levantemos nuestra fe en el Dios que responde y nos da acceso a Él por medio de Cristo en oración. Por alguna razón, Dios ha determinado, en su manejo soberano del mundo y los acontecimientos de la vida, que la oración juegue un papel vital, y manda que seamos parte de ello en la oración.

El Dios que lo controla y conoce todo ha decidido, según su soberana voluntad, que sus hijos sean incluidos en la extensión y administración de su reino. Si queremos ver a Dios moverse en medio nuestro, debemos orar en comunidad.

“Perseveren en la oración, velando en ella con acción de gracias”, Colosenses 4:2.

Preguntas de reflexión

- Q ¿Por qué consideras que a veces menospreciamos la reunión de oración?
- Q ¿Puedes explicar cómo el evangelio nos consuela cuando hemos menospreciado la oración, y cómo nos anima a orar más?
- Q Pensando en la respuesta a la pregunta anterior, ¿cómo podemos animar a más hermanos a orar junto a la iglesia?

Día 9

3 razones por las que Jesús oraba

por Gerson Morey



La cristología es la rama de la teología cristiana que se ocupa en estudiar a detalle la persona y obra de nuestro Señor Jesucristo. En ella también se contemplan temas como los oficios de Cristo, los estados de Cristo, y la extensión de su sacrificio expiatorio. En mi opinión, todo creyente debe ser un diligente estudiante y conocedor de la cristología bíblica. No en vano Jesús le preguntó a sus discípulos con ánimo inquisidor: “Vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (Mt. 16:15).

En este sentido, por el bien de nuestra fe, y para ser fieles a las Escrituras, es muy necesario e indispensable un correcto entendimiento de la persona de Jesucristo. En particular, lo que tiene que ver con su naturaleza. A

saber, nuestro Señor era verdaderamente hombre y verdaderamente Dios. Totalmente humano y totalmente divino. El estudio dedicado y consciente de los Evangelios nos proveen vasta información al respecto.

Ahora bien, es fácil advertir ciertas actividades que fueron un patrón en la vida de nuestro Señor. Y entre ellas la oración tiene una presencia notable, pues sucede en todo tipo de circunstancias. Por ejemplo, después de sanar a un leproso, la gente lo buscaba, “más Él se apartaba a lugares desiertos, y oraba” (Lc. 5:16). En otra ocasión, mientras sus discípulos iban en la barca, luego de despedir a la multitud, “se fue al monte a orar” (Mr. 6:46). Asimismo, en la última cena oró al Padre delante de sus discípulos (Jn. 17:1-26); y en los minutos antes de su arresto, en medio de su angustia también oró en Getsemaní (Lc. 22:41).

Ahora bien, ¿qué motivaba a nuestro Señor? Si era Dios, ¿qué necesidad había de orar? ¿Qué razones tenía Jesús para orar?

Aquí tres razones que nos ayudan a entender la vida de oración de Jesús.

1. Disfrutaba la comunión con el Padre

La noche antes de ser entregado, mientras compartía con sus discípulos en el aposento alto, Jesús oró al Padre en presencia de ellos diciendo: “.. me has amado desde

antes de la fundación del mundo” (Jn. 17:24). Desde esta declaración entendemos que aun antes de la creación, había entre el Padre y el Hijo una relación de amor y disfrute mutuo. El Padre gozaba con el Hijo y viceversa. Por eso, no es de sorprender que Jesús tomara tiempo a solas para orar a Dios. El amor que hay entre ambos era un vínculo indisoluble, y ni siquiera fue interrumpido por el ministerio terrenal de nuestro Señor. Por eso, es necesario concluir que Jesús oraba porque disfrutaba de la comunión de su Padre.

2. En su humanidad, dependía del Padre

La Biblia también nos muestra que Jesús tuvo experiencias que pertenecen a la esfera de la humanidad. El apóstol Juan en su primera epístola se encarga de enfatizar que Jesús no solo había venido como Dios, sino que también “ha venido en carne” (1 Jn. 4:2), y en virtud de su humanidad participó de las aflicciones, miserias, y necesidades del ser humano. Por eso, era absolutamente dependiente del Padre. Su sostenimiento, provisión, y protección venían de Él. El único que lo podía entender en su angustia y socorrerlo en su necesidad era su Padre. Su oración era una evidencia de que dependía de la ayuda divina. Por eso, el escritor de Hebreos dice: “Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de

la muerte, fue oído a causa de su temor reverente” (He. 5:7). A partir de aquí concluimos que Jesús también oraba porque, como hombre, dependía del Padre.

3. Para modelarnos la vida que agrada al Padre

Cristo es nuestro ejemplo de obediencia perfecta y de una vida que agrada a Dios. Él es nuestro ejemplo supremo de santidad, piedad, y pureza. El apóstol Pedro dijo que “Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas” (1 P. 2:21). Y en ese mismo contexto decía que “cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente” (1 P. 2:22, 23). Lo que el apóstol destacaba era que la actitud que Jesús tenía de encomendarse a Dios es una virtud a imitar, en especial cuando sufrimos. Además, otro apóstol dijo en un sentido parecido: “El que dice que permanece en Él, debe andar como Él anduvo” (1 Jn. 2:6). Esto quiere decir que la vida de Jesús –incluyendo la vida de oración– es el ejemplo de una vida que agrada al Padre. Él es nuestro modelo y nosotros lo imitamos. Nuestro Señor no se limitó a ordenarnos a orar, sino que también él mismo fue un ejemplo de oración.

Ahora bien, aunque la vida de oración de Jesús nos queda como un modelo, las primeras dos razones son también aspectos de nuestra comunión con Dios que debemos tener en cuenta. A través del sacrificio de

Cristo ahora tenemos entrada libre (He. 10:20) y podemos disfrutar de su presencia y asimismo acercarnos confiadamente (He. 4:16) para buscar su ayuda y socorro. Mejor dicho, tenemos el privilegio de disfrutar del amor del Padre y podemos depender de Él en todo momento. Y tal como lo hizo Jesús, la oración nos provee ocasión para ambas.

Preguntas de reflexión

- Q ¿Cómo debería conducirte el ejemplo de Cristo a crecer en tu vida de oración?
- Q ¿Hay alguna diferencia entre las razones por las que Él oraba y las razones por las que nosotros necesitamos orar más?
- Q Si “Jesús oraba porque disfrutaba de la comunión de su Padre”, ¿podemos concluir que una de las razones por las que no oramos es porque no nos deleitamos tanto el Señor? Explique su respuesta.

Día 10

¿Cómo oro por mis enemigos?

por Jeanine Martínez



En los últimos años han proliferado las películas de superhéroes. Están, digamos, de moda. Muchas veces encontramos loable cuando un héroe perdona y no se vengá de sus enemigos, aun haya tenido la oportunidad.

Por el otro lado, en muchos lugares el cristianismo está pasando de moda. Claro, el progreso de la fe cristiana nunca ha tenido la intención de ser medido por su popularidad. De hecho, existen diversas promesas bíblicas que reflejan lo contrario: seremos perseguidos y ridiculizados por nuestra fe (Mt. 5:11-12; 1 P. 4:14). Es entonces lógico concluir que, en nuestra vida, tendremos enemigos, sea que estos se identifiquen como tales o no, sea que nosotros los reconozcamos como tal o no.

Hoy en día los cristianos reciben injusticias y persecuciones por todas partes. Sin minimizar las razones

que nos puedan llevar a tener enemigos, quiero enfocar este escrito en cómo orar por ellos, cuando en verdad son enemigos de la fe.

Ora que Dios alinee y purifique tus motivaciones. Ora para que el nombre de Dios sea santificado y glorificado y no el tuyo. Es muy común tomar cualquier conflicto de fe a título personal. Cuando lo tomamos personal, es muy fácil ponernos en el centro y no a Dios. Si el ataque es personal e injustificado, entonces debemos reconocerlo de tal forma y responder como corresponde. En estos casos se trata de nosotros y no de Dios. Dios conoce cuando existen motivaciones mezcladas, y Él conoce y discierne nuestros pensamientos. No podemos pretender que estamos actuando como si estuviéramos respondiendo con celo, o en defensa del nombre de Dios, cuando en el fondo nos estamos defendiendo a nosotros mismos. Oremos que Él purifique nuestras motivaciones y que sea por amor a su nombre y su gloria únicamente.

Ora para que Dios te guarde, perdone, o libre de la amargura y la frustración. Ambas te llevarán a pecar y siempre terminan en un intento por justificarte. Cristo, siendo Dios, nunca respondió con amargura, ni se dejó impulsar por la frustración. Su único impulso fue el Espíritu Santo. Una reacción impulsada por el Espíritu Santo será siempre santa. Escudriñemos nuestros corazones y oremos por nuestros enemigos en santidad,

confesando al Padre cualquier amargura y frustración. Pidamos perdón por cualquier forma oculta y obvia de pecado. Oremos para que Dios abra los ojos y oídos de nuestros enemigos, para que Dios prepare sus corazones y escuchen nuestra defensa de la fe y sean “reconciliados hoy con Dios” (2 Co. 5:20).

Ora para que Dios te dé amor por tus enemigos.

Ora que Él te enseñe cómo amarlos, sin comprometer los límites y la verdad del evangelio. Ora que te dé formas claras de orar en amor por tus enemigos, tal y como Cristo nos amó cuando aún éramos sus enemigos. Esto no es una opción, sino un mandato (Mt. 5:44; Lc. 6:28).

Ora para que tu deseo sea ganar al oyente y que proceda al arrepentimiento. Ejemplo a seguir tenemos en Cristo. Cuando estamos escuchando, leyendo, viendo, o interactuado con nuestro enemigo, en nuestra naturaleza humana lo último que pensamos es que podremos ver a esta persona en el cielo. Pero ese es justamente el ejemplo que Cristo nos dejó. Ora para que tu enemigo conozca a Jesús y sea liberado de la esclavitud de su pecado.

Recuerda quién eres: un pecador perdonado. Ora como Cristo oró por ti: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23:34).

Reacciona con decencia. Resiste la tentación al pleito sucio. Es muy común que en medio de una pelea, con los ánimos airados, se recurra a sacar trapos sucios,

usando incluso formas de manipulación y soborno moral, todo con el fin de desestabilizar al oponente y sacarlo de sus casillas. Pero el libro de Proverbios nos instruye a lo contrario: “La suave respuesta aparta el furor, pero la palabra hiriente hace subir la ira” (Pr. 15:1-3).

Responde con verdad y gracia. Ora conforme a Colosenses 4:6: que Dios cambie tu corazón y que del mismo broten palabras de gracia, que sean sazonadas con sal. Que Dios te dé sabiduría para responder apropiadamente en el momento preciso, y que Dios ponga en ti palabras que permitan ganar al oyente (Pr. 4:23).

Clama al Señor y confía que es Él quién salva. Nuestros argumentos, palabras, estrategias, y oraciones pueden ser en ocasiones medios que Dios usará, pero en última instancia, nuestra fe no puede estar en los medios sino en el Señor que salva (Nm. 10:9).

Por último, me gustaría compartir algunas preguntas de reflexión personal para examinarnos e ir delante de Dios en confesión y arrepentimiento si contestamos a algunas de ellas de manera positiva:

- ¿Siento rechazo contra esta persona tan solo al oír su nombre?
- ¿Estoy orando con sentido de urgencia y con “el amor de Cristo que nos constriñe” por el arrepentimiento de este enemigo?

- Si el Espíritu Santo escudriña mi corazón, ¿encontrará que estoy más preocupado por mostrar que tengo la razón, que real y honestamente defender la verdad de Cristo?
- ¿Si tengo que presentar defensa, lo estoy haciendo teniendo en cuenta que estoy hablando con un portador de la imagen de Dios?
- ¿Estoy hablando con verdad, cordura, e integridad, o estoy usando argumentos exagerados e inflados en contra de esta persona y en mi proceso de defensa?
- ¿Estoy yo perdonando a esta persona?
- ¿Me estoy convirtiendo en alguien igual que mi enemigo, reflejado en mi manejo de la situación?

En todas estas situaciones, ora por sabiduría y procura no desperdiciar la oportunidad de ser como Cristo y de mostrar a Cristo.

Día 11

Orando bíblicamente por nuestras necesidades

por Gerson Morey



A sí como es importante la actitud en la oración, la frecuencia de la oración, y la intensidad de la oración, también es necesario enfatizar el contenido de nuestra oración. La Biblia no es silente en cuanto a esto. En el Padre Nuestro tenemos mucha luz con respecto al modelo de la oración diaria, además, para beneficio del creyente, hay otros textos que también nos enseñan acerca del contenido de nuestras oraciones.

La Biblia nos instruye

Aunque Dios se agrada por el solo hecho que nos acerquemos a Él, es importante mirar lo que dice la Biblia. De lo contrario caeremos en el error de hacer oraciones

que no se ajustan al modelo bíblico. Por eso aquí una consideración de lo que la Biblia nos enseña con respecto a la estructura o los elementos de nuestra oración:

- Cuando Jesús quiso destacar la actitud correcta para orar, usó el ejemplo de la oración en el templo del fariseo y del publicano (Lc. 18:9-14). Aquí, el publicano se limitó a pedir a Dios –humildemente– un favor que sabía no merecía.
- En la oración del Padre Nuestro, el ruego y la petición son las formas de pedir provisión divinas, como el pan de cada día (Mt. 6:11) y el perdón de pecados (Mt. 6:12).
- Cuando los creyentes de la iglesia primitiva se vieron intimidados por la amenaza de los judíos, oraron pidiendo ayuda al Señor y confesando su confianza en la soberanía de Dios (Hch. 4:24-29).
- Por otro lado, cuando los creyentes que estaban siendo perseguidos y necesitaban sabiduría, Santiago los exhortó a orar y pedir que Dios se las concediera (Stg. 1:5-6).

Si a estos textos sumamos la magistral exhortación que el apóstol Pablo hace a los creyentes de Filipo, encontraremos mucha ayuda:

“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”, Filipenses 4:6-7.

Esta declaración, más que un orden a seguir, nos presenta el espíritu que debemos tener al orar, y confirma lo que hemos venido leyendo en los pasajes anteriores. El apóstol invita a los cristianos a hacer peticiones al Señor, a rogar y a darle gracias. A partir de estos textos podemos concluir que al momento de orar por algún problema o situación en particular, el creyente puede observar tres principios fundamentales:

1. Pedir a Dios lo que necesitamos.

Como un buen Padre, Él sabe darle a sus hijos lo que necesitan. La oración debe incluir la petición, puesto que al pedirle a Dios estamos reconociendo nuestra incapacidad e insuficiencia. Sea cual sea nuestra situación, debemos presentarle nuestras necesidades al Señor: provisión, protección, sanidad, o dirección, y pedirle que nos ayude.

2. Debemos expresar nuestra confianza en Dios.

Confianza en su poder, bondad, sabiduría y soberanía con respecto a lo que estamos pidiendo. Nuestra confianza en Él es la seguridad que Él oye nuestras oraciones y que obrará conforme a sus propósitos eternos. Nuestra confianza en Él también incluye tener la convicción que Dios tiene la prerrogativa de responder a su manera y a su tiempo (Jn. 2:4). Cuando le expresamos al Señor nuestra confianza, le estamos diciendo que vamos a descansar en Él.

3. La oración debe llevarnos a dar gracias.

Luego de pedir y expresar nuestra confianza en Él, debemos darle las gracias. Damos gracias por Cristo Jesús. Damos gracias porque Él oye nuestras oraciones. Damos gracias porque Él está con nosotros. Damos gracias porque Él hará lo que es mejor para nosotros. Damos gracias porque Dios está en control de nuestras vidas.

En resumen, cuando el creyente ora por una necesidad, debe presentarle a Dios su petición, expresarle su confianza, y darle gracias. Cuando observamos estos principios, podemos descansar en que hemosorado en conformidad a las Escrituras, y a su vez estar seguros que Dios hará conforme a su voluntad. El efecto de esta clase de oración será que “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará sus corazones y sus mentes en Cristo Jesús” (Fil. 4:7).

Preguntas de reflexión

- Q ¿Cómo nos enseña la Biblia a orar por nuestras necesidades?
- Q ¿Por qué crees que, a menudo, escuchamos muchas oraciones no bíblicas a nuestro alrededor?
- Q ¿Puedes mencionar algunos modelos de oraciones no bíblicas que debemos abandonar?

Día 12

10 oraciones para antes de ir a congregarte

por Kevin Halloran



Ir a la iglesia no es como pasar al supermercado, visitar a un amigo, o cumplir con un compromiso de trabajo. Es una declaración de que adorar al Cristo resucitado es más importante para usted que dormir, relajarse, practicar deportes, o trabajar en la casa. Está celebrando la unión de nuestro mundo quebrantado bajo la autoridad de Cristo (Ef. 1:10) y proclamando la multiforme sabiduría de Dios al reino espiritual (Ef. 3:10).

Por tanto, no debemos ir a la iglesia como a cualquier otro lugar, sino que debemos preparar nuestros corazones en oración. Deja que estas diez oraciones fijen tu mente en los propósitos de Dios para la iglesia y preparen tu corazón para adorar al Rey.

1. Señor, ayúdame a adorarte con un corazón sin distracciones.

Padre Celestial, toda la historia se trata de ti. Por favor, ayúdame a adorarte con un corazón sin distracciones. Ya sabes cómo se va mi mente a la próxima semana, las preocupaciones actuales, los pensamientos sobre los demás, y otras cosas. Ayúdame a alejar esos pensamientos para concentrarme en ti y tu gloria. Haz que mi corazón, alma, mente, y fuerza exalten tu santo nombre en mis cantos, al escuchar tu Palabra, y al interactuar con tu pueblo.

2. Señor, revélame las maravillas de tu Palabra.

Padre, tú hiciste el mundo con tu voz. Has creado por tu palabra nueva vida en tus hijos, para darnos la luz del conocimiento de tu gloria en Cristo (2 Co. 4:6). Danos la gracia de recibir tu Palabra y regocijarnos en ella. Trae convicción de nuestros pecados y de la suficiencia de Cristo para que los pecadores se conviertan, los débiles reciban fortaleza, y el cuerpo de Cristo sea edificado.

3. Señor, profundiza mi fe y alegría en las glorias de tu evangelio.

Padre, conoces la multitud de pecados que he cometido en mi vida e incluso esta semana. Ayúdame a odiar más mi pecado y a crecer en gracia mientras contemplo lo que Cristo ha hecho para perdonarme y liberarme del control

del pecado. Abre los ojos de mi corazón para ver la gloriosa esperanza que tenemos en Cristo, tu amor por todos los santos, y tu poder obrando en nosotros que creemos (Ef. 1:18-21). Haz que mi corazón arda dentro de mí al celebrar el evangelio en cantos, al aprender y aplicar la predicación, y al ver el evangelio en el bautismo y la comunión.

4. Señor, haz que atesore a tu novia como tú lo haces.

Padre, la novia de tu Hijo a menudo tiene mala reputación, y congregarnos juntos puede parecer una carga. Pero las apariencias físicas no solo traicionan la realidad espiritual, sino que tampoco captan la centralidad de la iglesia en tus propósitos eternos para este mundo. De hombres y mujeres que eran tus enemigos estás reuniendo una comunidad de adoradores nacidos de nuevo de cada tribu, lengua, y nación para proclamar tu multiforme sabiduría al mundo y al reino espiritual (Ef. 3:1-10). Toda la historia culminará en la boda de tu Hijo y su bella novia, la Iglesia (Ap. 21:1-2). Oh, Señor, ayúdame a atesorar a tu novia como tú lo haces y hacer todo lo posible por servirla.

5. Señor, guíame a edificar a otros con los dones y las oportunidades que me has dado.

Padre, perdóname por tener una mentalidad de “yo primero” y de consumidor en la iglesia. Ayúdame a poner a los demás primero y a utilizar los dones que me has dado

para edificar a los demás (Ef. 4:17; 1 Co. 14:12). Guíame en mis interacciones para que otros sean bendecidos y tú seas glorificado. Muéstrame con quién hablar, dónde sentarme, y cómo alentar a los demás con las Escrituras. Ayúdame a ser un canal de aliento cuando veamos el Día acercándose (Heb. 10:24-25).

6. Señor, que nuestro amor adorne grandemente el evangelio.

Padre, tu Hijo dijo que el amor que tenemos por nuestros hermanos y hermanas proclamará al mundo que somos tus discípulos (Jn. 13:34-35). Profundiza nuestro amor mutuo y haz que estemos ansiosos por mantener la unidad del Espíritu (Ef. 4:1-3). Ayúdanos a cuidar a todos, sin mostrar favoritismo. Que el amor nos obligue a fortalecer a los débiles, ayudar a los heridos, y servir pacientemente mientras recordamos que nuestro servicio a los demás es un servicio para ti (Mt. 25:31-46). Ayúdanos a modelar tu inagotable amor por nosotros al honrarnos unos a otros, y así demostrar al mundo que Cristo ha resucitado y reina.

7. Señor, protégenos de los hombres malvados y las ideas malvadas.

Señor, desde el principio, el enemigo de nuestras almas ha buscado destruir tus gloriosos propósitos para el mundo y tu pueblo. Oro por tu protección contra todos

los poderes y principados que buscan sembrar división, enojo, envidia, codicia, y lujuria entre tu pueblo (Ef. 6:12). Mantén a los hombres malvados con intenciones destructivas y doctrinas malas lejos de nosotros. Expón las feas mentiras de nuestra cultura que muchas veces queremos creer. Ayúdanos a poner nuestros corazones en la verdad que conduce al amor, a una buena conciencia, y a una fe sincera (1 Ti. 1:5).

8. Señor, guía a nuestro liderazgo en el cuidado del rebaño.

Gracias, Señor, por el regalo de los pastores y los líderes. Fortalece la fe y el gozo en el evangelio de nuestros líderes y ayúdalos a cumplir fielmente y sin vergüenza su ministerio de pastorear a la iglesia y equipar a los santos para el ministerio (Ef. 4:11-13; 1 P. 5:1-4). Dale gran sabiduría y dirección en cada aspecto del ministerio, y que su ejemplo muestre a la iglesia y al mundo quién eres (Ti. 2:7). Bendice a las esposas y familias de los líderes con gran alegría en el ministerio del evangelio. Ayúdanos a honrarlos como tus siervos que sacrifican mucho por nuestro bien (Heb. 13:17).

9. Señor, equípanos para nuestra misión en la tierra.

No somos salvos por nuestras buenas obras, sino para hacer buenas obras (Ef. 2:8-10). Concentra nuestros

corazones en tu misión para nosotros de compartir el evangelio y hacer discípulos (Mt. 28:18-20). Recuérdanos cómo nuestros matrimonios, vidas familiares, trabajo, y pasatiempos pueden ser avenidas para adornar el evangelio a través de nuestra proclamación y estilos de vida que exaltan a Cristo. Utiliza nuestro tiempo como tu cuerpo reunido para edificarnos y enviarnos a ministrar tu evangelio a nuestro mundo quebrantado.

10. Señor, profundiza mi anhelo por el regreso de Cristo.

Muy a menudo busco la comodidad y alegría terrenal en vez de anhelar el regreso de Cristo, nuestra “bendita esperanza” (Ti. 2:13) y pesar en las glorias del cielo. Que mi tiempo entre tu pueblo me lleve a tu santa presencia y me muestra las glorias de una eternidad sin pecado y sin sufrimiento donde te adoraremos cara a cara (Ap. 21:4). ¡Oh, Señor, anhelo tu presencia y la restauración perfecta! ¡Ven, Señor Jesús!

Preguntas de reflexión

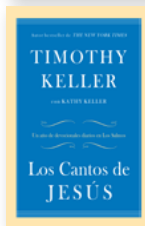
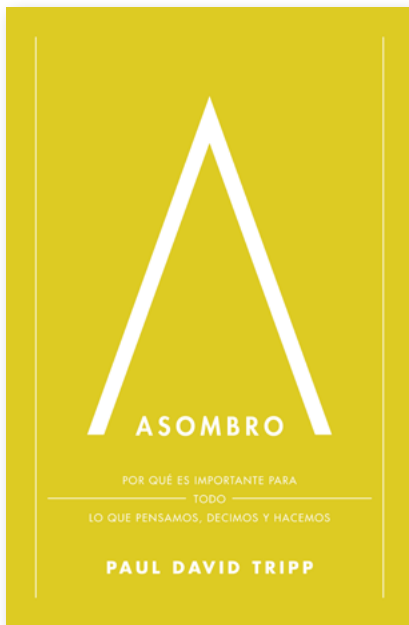
- Q ¿Por qué a menudo no hacemos esta clase de oraciones antes de congregarnos?
- Q ¿Cómo podemos animar a otros hermanos a orar por las reuniones de la iglesia?
- Q ¿Cuál de estas oraciones te impactó más y por qué?

Qué es

COALICIÓN POR EL EVANGELIO

Coalición por el Evangelio es una hermandad de iglesias y pastores comprometidos con promover el evangelio y las doctrinas de la gracia en el mundo hispanohablante, enfocar nuestra fe en la persona de Jesucristo, y reformar nuestras prácticas conforme a las Escrituras. Logramos estos propósitos a través de diversas iniciativas, incluyendo eventos y publicaciones. La mayor parte de nuestro contenido es publicado en *www.coalicionporelevangelio.org*, pero a la vez nos unimos a los esfuerzos de casas editoriales para producir y colaborar en una línea de libros que representen estos ideales. Cuando un libro lleva el logo de Coalición, usted puede confiar en que fue escrito, editado, y publicado con el firme propósito de exaltar la verdad de Dios y el evangelio de Jesucristo.

Otros libros de **POIEMA**



el evangelio para cada rincón de la vida